CAPITULO XVIII

Constancia de un militar que se hizo fraile Menor (1)

Un valiente militar, victorioso en muchos combates, se hizo fraile Menor. Y como se burlasen de él sus camaradas porque había preferido esta Orden pudiendo entrar en los Templarios o en otra Orden militar, donde podría hacer obras buenas sin dejar de pelear en la guerra, respondió:

–Dígoos de verdad que, aun al sentir el hambre, la sed, el frío y demás molestias, no dejan de venirme impulsos de soberbia, concupiscencia y otras pasiones. ¿Cuánto peor sería si me viese calzado de hierro, sobre un arrogante caballo y con otras comodidades? Hasta ahora me había aplicado a pelear contra otros, en adelante quiero hacerme fuerte peleando contra mí mismo.

En alabanza de Dios.

---

(1) El original de este Capítulo y del siguiente se halla en *Actus. S. Francisci*, págs. 179 y 192.

CAPITULO XIX

Cómo cierto tirano, viendo tres veces a un compañero de San Francisco elevado en el aire, se convirtió y se hizo fraile Menor

San Francisco, procurando conformarse a Cristo en todas las cosas, enviaba a sus frailes, de dos en dos, a predicar por todas las provincias. Sucedió una vez que dos de sus primeros discípulos, dirigiéndose a países desconocidos, vinieron a parar a un castillo habitado por unos hombres muy malos. Estaba entre ellos un tirano muy cruel e impío, que era amo y capitán de todos aquellos malhechores y ladrones, y aunque tan vil y de malas costumbres, era de una familia noble. Como corderos entre lobos llegaron allí, al atardecer, los dichos frailes, fatigados del hambre, frío y cansancio, y, por medio de otra persona, pidieron al señor del castillo les diese hospedaje aquella noche por amor de nuestro Señor Jesucristo.

Inspirado por Dios, los recibió agradablemente y los trató con mucha humildad y cortesanía. Mandó hacer una grande lumbre y ponerles la mesa como a gente noble. Uno de los frailes, que era sacerdote y

tenía gracia especial para hablar de Dios, observando que allí nadie hablaba de Dios ni del bien del alma, sino sólo de robos, muertes y otros muchos males que habían hecho por todas partes, y que se alegraban de las maldades e impiedades que cometían, en acabando de cenar, dijo al capitán:

—Señor, mucha cortesanía y caridad has tenido con nosotros, y seríamos unos ingratos si no procurásemos corresponder por nuestra parte según Dios. Te ruego que reúnas a toda la familia para que os podamos recompensar de estos beneficios con otros espirituales.

Muy deferente el capitán, hizo reunir allí a todos; y aquel fraile comenzó a hablar de la gloria del paraíso; la alegría eterna que allí hay, la compañía de los ángeles y de los bienaventurados, la gloria sin fin, la abundancia de los tesoros celestiales; cómo aquello es vida perpetua, luz inefable, paz inalterable, salud sin quiebra; en suma: la vista de Dios y todos los bienes sin ningún mal. Pero el hombre por su desgracia y por sus pecados pierde tantos y tan grandes bienes y se gana el infierno, donde hay dolor y tristeza eterna en compañía de los demonios, vida que no se puede vivir, miseria infinita, tinieblas espesas, la presencia de Lucifer, fuego y frío eterno, remordimientos, ira y desesperación, muerte que nunca acaba, llanto y crujir de dientes; todos los males sin ningún bien. Y a lo que entiendo, todos vosotros corréis muy de prisa a ese abismo de males; pues no se ve en vosotros obra ni palabra buena. Os aconsejo y os ruego, carísimos, que por estas bajezas mundanas y carnales, que pasan como sombra, no perdáis los sumos bienes celestiales

que duran eternamente, ni os precipitéis de ese modo en tan grandes y atroces tormentos.

Estas palabras, dichas con fervoroso espíritu, impresionaron y movieron tanto al capitán, que pidió con lágrimas al fraile que lo pusiese en camino de salvación. Habiéndose confesado con mucho arrepentimiento, le dijo el mismo fraile que, en penitencia de tantos pecados, le convenía ir en peregrinación a los Santuarios, ayunar, orar, hacer buenas limosnas y otras obras de piedad. A lo que respondió:

–Padre queridísimo, yo nunca he salido de esta provincia, ni siquiera sé el Padrenuestro ni el Avemaría. Ponme otra penitencia.

–Pues quiero yo –contestó el santo fraile– satisfacer y rogar por ti a nuestro Señor para que no se pierda tu alma. Por ahora sólo te pido que me traigas una poca paja en que podamos acostarnos mi compañero y yo.

Fue bien contento a buscar la paja, y les preparó cama en una habitación en que ardía una lámpara. Considerando la virtud y santas palabras del fraile, determinó observarle aquella noche; y vio que se echaba sobre la cama; mas después, cuando creía que todos dormían, se levantó y se puso con las manos dirigidas al cielo, orando por su huésped. En esta actitud se elevó en el aire hasta el techo del palacio y prorrumpió en tan grandes sollozos y copiosas lágrimas, pidiendo a Dios perdón para aquella alma, que difícilmente se habrá visto hombre que llorase a sus parientes y amigos difuntos tan de corazón como este fraile los pecados de su huésped. Y por tres veces fue visto elevado en el aire, siempre con los mismos lamentos y

compasivas lágrimas, oyéndolo todo el dicho señor que lo estaba observando ocultamente. Por lo cual a la mañana corrió a echársele a los pies, y llorando amargamente, le rogaba que lo dirigiese por el camino de la salvación, protestando que estaba firmemente dispuesto a obedecerle en cuanto le mandase.

Por consejo del santo fraile, vendió todo lo que tenía, hizo las debidas restituciones, distribuyó lo demás a los pobres conforme al Evangelio, y ofreciéndose a sí mismo al Señor, entró en la Orden de los frailes Menores y perseveró santamente en ella hasta el fin de su vida.

En alabanza de nuestro Señor Jesucristo que sea bendito por los siglos. Amén.

CAPITULO XX

Milagro de San Francisco en España (1)

Hubo en España un señor rico y noble, dueño de una fortaleza. Devoto de San Francisco lo mismo que su mujer, daba hospedaje a los frailes y era su principal bienhechor.

No teniendo herederos por ser estéril su esposa, ambos hicieron voto a San Francisco que, si les alcanzaba sucesión, le servirían con toda su casa y darían hospitalidad a todos los frailes de su Orden perpetuamente. Favorecioles desde lo alto el bienaventurado Padre San Francisco y les alcanzó de Dios un hijo.

Sucedió que, siendo ya este niño de ocho años, un día salió su madre temprano a la iglesia, como acostumbraba, dejándolo dormido en casa. Cuando despertó y vio que era día, se levantó y, dirigiéndose luego a la huerta, subió a un árbol a comer cerezas

(1) Traducido del *Archivo Ibero-Americano*, II, pág. 313, donde lo publica el P. Atanasio López, tomándolo de un códice del siglo XVI existente en la biblioteca municipal de Asís.

que a la sazón estaban maduras. Pero inclinándose descuidadamente hacia abajo, cayó del árbol sobre unas estacas agudas y quedó clavado en una que le entró por el vientre y salía por el dorso.

Volvió de la iglesia la madre y advirtió que el niño se había levantado; pero, creyendo que estaría como otras veces con los sirvientes, no pensó en buscarlo hasta que tuvo la mesa puesta para comer con su marido. Buscándolo entonces y llamándolo por todas partes los criados, entraron por fin en la huerta, y viéndolo así desgraciadamente muerto, avisaron a los padres.

Corrieron éstos con dolor y llanto y hallaron a su hijo ya muerto y atravesado en la estaca que, entrándole por el vientre, sobresalía por la espalda. Sacáronlo de allí, y entre alaridos de dolor lo llevaron a casa; y estando al lado del cadáver, transidos de pena, deplorando la desgracia e invocando a San Francisco, les anunció el portero que venían derechos hacia el castillo dos frailes Menores.

Al oír esto los padres del niño, encargaron que nadie diese muestras de pena ni llanto, sino que todos los acompañasen a recibir a los frailes con alegre semblante, como acostumbraban, y que preparasen agua para lavarles los pies.

Retiraron el cadáver a otra habitación interior, salieron al encuentro de los frailes, los recibieron con mucho agrado y benignidad y les lavaron los pies.

La señora hizo llevar el agua en que les habían lavado los pies a la habitación donde yacía muerto el niño, e invocando con lágrimas a San Francisco (pues tenía confianza en nuestra Señora y en los méritos

de su siervo), metió con sus manos el cadáver en el cubo y comenzó a lavarlo y echarle agua en el vientre y en la herida, diciendo:

–San Francisco, devuélveme ahora el hijo único que por tu intercesión me dio el Señor, para que con los dos favores quedemos más obligados a dar gracias a Dios y a ti yo y toda mi casa.

¡Cosa admirable! A la vista del padre y de la madre y de muchos de la familia, se levantó el niño sano e incólume, sin que le quedase otra señal que una pequeña cicatriz en el vientre como testimonio de tan gran milagro.

El llanto doloroso de los parientes y circunstantes se convirtió en lágrimas de gozo y alegría. Padre y madre acudieron a comunicar el hecho a los frailes que habían dejado en la sala, y darles las gracias; pero ya no pudieron hallarlos. Entonces prorrumpieron en alabanzas al Señor llorando a lágrima viva y reconociendo unánimes que San Francisco había venido a resucitarles a su hijo.

Refirió este milagro fray Guillermo Quertorio, Provincial de Génova, hombre de entera probidad y famoso en la Orden, el cual, yendo una vez a España al Capítulo General, se hospedó en la casa de este señor noble, padre del niño resucitado.

–Padre Provincial –le dijo–, esta casa es vuestra y de todos vuestros hermanos, y debéis estar en ella con toda confianza.

Al retirarse, les dijo:

–Podéis quedar con la señora y hablarle de las cosas de Dios.

Y como los frailes dilatasen algo el empezar la con-

versación espiritual, les dijo la señora:

–Para que tengan completa confianza aquí con nosotros, les voy a decir cuánto debemos a San Francisco y a su Orden mi marido y yo y este hijo que está presente. Porque este hijo lo tuvimos por intercesión del Santo, y además nos lo resucitó estando ya muerto.

Y les contó toda la serie del milagro, como queda dicho; y en prueba de ello, les mostró la cicatriz en el cuerpo del niño.

APENDICE

CAPITULO I

Cómo San Francisco envió sus primeros frailes por el mundo

Movido San Francisco de la gracia del Espíritu Santo, dijo a los seis frailes que tenía:

–No hemos sido llamados solamente para nuestra santificación, sino también para la de muchos otros.

Y anunciándoles lo que les había de suceder, los envió por el mundo para que exhortasen a los hombres, más con el ejemplo que con las palabras, a que hiciesen penitencia de los pecados y se acordasen de los mandamientos...

Dondequiera que veían una cruz o una iglesia, les parecía hallar la casa de Dios. Cuantos los veían, se admiraban mucho; porque, así en el hábito como en la vida, eran diferentes de todos y parecían unos hombres agrestes. En cualquier ciudad, pueblo o casa que entraban, saludaban con la paz y exhortaban a todos a que temiesen y amasen al Criador del cielo y de la tierra y guardasen sus mandamientos.

Unos los oían con agrado y otros se burlaban de ellos, muchos los molestaban con preguntas, diciéndoles:

—¿De dónde sois? ¿Qué Orden es la vuestra?

Y aunque no podía por menos de serles pesado el responder a tantas preguntas, decían sencillamente que eran hombres penitentes de la ciudad de Asís; porque aun no se llamaba Orden religiosa su sociedad.

Muchos los juzgaban engañadores o fatuos y no los querían admitir en casa, por temor de que les robasen sus cosas. Así es que en muchas partes, después de recibir muchas injurias, se guarecían en los pórticos de las iglesias o de las casas. Andaban dos de ellos en esta ocasión pidiendo limosna en Florencia, y no pudieron hallar quien los hospedase. Llegando a una casa que tenía horno en el portal, se dijeron:

—Aquí podremos quedarnos.

Suplicaron a la dueña que los admitiera dentro, y como ella se negase, le pidieron humildemente que al menos los dejase descansar aquella noche junto al horno. Consintió la mujer, mas vino después el marido y le dijo:

—¿Por qué has dado hospedaje a estos villanos en nuestro portal?

Respondió ella que no los había querido recibir dentro; pero que los había dejado estar fuera en el portal, porque allí no podían robar sino leña. No quiso el hombre que se les diese nada con que cubrirse, aunque hacía entonces mucho frío; porque pensaba que eran villanos y ladrones.

Habiendo descansado un poco junto al horno sin otro recurso para calentarse que el fervor de la gracia

divina, ni otra cobertura que la pobreza, a la hora de Maitines se fueron a la iglesia más próxima para oír los divinos oficios. Por la mañana vino también a la misma iglesia aquella mujer, y viendo cómo los frailes perseveraban devotamente en oración, dijo para sí:

–Si éstos fueran villanos y ladrones, como decía mi marido, no estarían orando tanto tiempo y con tanta reverencia.

Mientras ella pensaba esto, un hombre, llamado Guido, repartía limosna a los pobres que había en la iglesia, y llegando a los frailes e intentando darles dinero como a los otros, lo rehusaron y no quisieron recibirlo.

–¿Por qué siendo pobres –les preguntó– no aceptáis el dinero como los otros?

–Es verdad que somos pobres –respondió fray Bernardo–, pero no nos es pesada la pobreza como a los demás; pues, por la gracia de Dios, nos hicimos pobres voluntariamente siguiendo su consejo.

Admirado aquel hombre, les preguntó si habían poseído algo; y supo que habían poseído mucho y todo lo habían dado por amor de Dios.

El que le respondía era aquel fray Bernardo que fue el segundo después de San Francisco y que hoy creemos con verdad haber sido un fraile santísimo, el primero que, abrazando la legacía de la paz y penitencia, corrió en pos de San Francisco, vendiendo todo lo que tenía y dándolo a los pobres, según el consejo de perfección evangélica, después de lo cual perseveró hasta el fin en santísima simplicidad.

Viendo, pues, la dicha mujer que los frailes no querían el dinero, se acercó a ellos y les dijo que de bue-

na gana los hospedaría en su casa, si querían ir. A lo que respondieron:

—El Señor te lo pague por la buena voluntad.

Oyendo Guido que no habían podido encontrar hospedaje, los llevó a su casa y les dijo:

—Aquí tenéis la casa que os ha preparado Dios; vivid en ella a vuestro agrado.

Dieron gracias a Dios, y se quedaron allí unos días edificando a este hombre con el ejemplo y la palabra, de suerte que dio después muchos bienes a los pobres.

Pero aunque éste los trató benignamente, los demás los tenían por tan viles que hombres y muchachos los injuriaban y escarnecían hasta quitarles a veces el vestido. Y quedando así despojados los siervos de Dios, que, conforme al santo Evangelio, no llevaban más que una túnica, no pedían lo que les habían robado; más si alguna vez por compasión se lo devolvían, lo tomaban de buena gana. Unos les tiraban lodo, otros les metían dados en la mano invitándoles a jugar, y no faltaron quienes, asiéndolos de la capucha por detrás, los llevaban colgados a la espalda. Y todo porque los juzgaban tan despreciables que con entera libertad se atrevían a mortificarlos a capricho.

Además, pasaban muchísima necesidad de hambre, sed, desnudez y frío; y todo lo sufrían constante y pacientemente, como San Francisco les había enseñado, y no se entristecían ni turbaban ni maldecían a los que les hacían mal; antes, como varones perfectos y evangélicos, se regocijaban vivamente en el Señor con la grande ganancia, recibían con suma alegría estas pruebas y tribulaciones y, conforme al Santo Evangelio, oraban fervorosamente por sus perseguidores.

Viendo, pues, la gente que los frailes se alegraban en sus trabajos y se aplicaban devotamente a la oración, y que no recibían ni usaban dinero y se amaban con caridad suma, mostrando en esto que eran verdaderos discípulos del Señor, muchos se compungían en sus corazones y venían a pedirles perdón de las injurias que les habían hecho. Y ellos a todos perdonaban y amonestaban saludablemente...

En el término convenido, regresaron todos a Santa María de Porciúncula. Era tal su satisfacción y alegría, al volver a encontrarse, que ya no se acordaban de cuanto habían padecido. Se ocupaban en la oración y el trabajo de manos, se levantaban a media noche... y llegaba a tanto su caridad que les parecía fácil dar la vida no sólo por Cristo, sino aun por el alma y hasta por la salud corporal de sus hermanos.

Sucedió un día que, caminando varios juntos, un loco comenzó a tirarles piedras. Viendo uno de ellos que las piedras iban a dar en otro, se interpuso al instante, prefiriendo recibir él los golpes, antes que dejar herir a su hermano, por la ardiente caridad que se tenían y que les impulsaba a dar el uno la vida por el otro. Estaban tan fundados y arraigados en humildad y caridad, que cada uno reverenciaba al otro como a su señor y padre, y los que eran Superiores o sobresalían en algo parecían más humildes y menores...

Si ocurría que uno dijese a otro alguna palabra que pudiese turbarle, no sosegaba con el remordimiento de conciencia hasta que le *decía la culpa* (1), y le daba

---

(1) Téngase presente lo advertido en la nota de la pág. 318 de la Parte cuarta, Cap. XI

satisfacción echándose humildemente en tierra y haciendo que su hermano le pusiese el pie sobre la boca. Y si no quería hacerlo, en tal caso el que había dado motivo de turbación, si era Superior, se lo mandaba, y si no lo era, procuraba que el Superior se lo ordenase; y de esta suerte trabajaban por ahuyentar de sí cualquier sentimiento de rencor o malignidad, y guardar siempre caridad perfecta.

(*Leyenda de los Tres Compañeros,* Capítulo III, Puede verse en los Bolandos, tomo 2.º de octubre, pág. 733).

CAPITULO II

Devoción humildísima del rey San Luis a los frailes

En la fiesta de Pentecostés de 1248, pasé de Auxerre al convento de Sens, donde se había de celebrar el Capítulo provincial de la jurisdicción de Francia... Fray Juan de Parma, Ministro General, estaba en aquel convento...

Y porque el Rey de Francia había salido de París y venía al Capítulo, cuando ya se acercaba al convento, salieron todos los frailes Menores a recibirlo honoríficamente. Y fray Rigaldo, de la Orden de Menores, Maestro y catedrático de París y Arzobispo de Roan, salió del convento, revestido con los ornamentos pontificales, e iba corriendo en busca del Rey, preguntando:

–¿Dónde está el Rey? ¿Dónde está el Rey?

Yo le seguí, porque iba solo y agitado con la mitra en la cabeza y el báculo pastoral en la mano. Pues había tardado en revestirse, y ya los demás frailes habían salido y estaban en el camino a uno y otro lado, mirando para ver venir al Rey...

El Rey era delgado, flaco, macilento, convenientemente alto y de semblante angelical y gracioso. Venía a la iglesia de los frailes Menores no con ostentación real, sino en traje de peregrino, traía pendiente del cuello el bordón y una mochila que le caía muy bien a la espalda. No venía a caballo, sino a pie. Le acompañaban sus tres hermanos en pos de él con el mismo traje y humildad; el primero se llamaba Roberto y el último Carlos, que hizo proezas dignísimas de celebrarse. No se cuidaba el Rey de la comitiva de los nobles, sino de las preces y oraciones de los pobres. En realidad más parecía monje por sus devotos sentimientos que soldado por las armas del combate. Entró en la iglesia de los frailes, hizo genuflexiones devotísimamente y oró delante del altar.

Al salir de la iglesia, estando aún en la puerta, estaba yo también junto a él. Y le presentaron y ofrecieron de parte del tesorero de la catedral de Sens un grande lucio vivo en el agua, en una concha de madera de abeto, que los toscanos llaman bigoncia, en que lavan y bañan los niños de cuna. En Francia es pescado caro y precioso el lucio. Dio el Rey las gracias, así al que se lo enviaba, como al que le presentó el regalo.

Dijo después en voz clara que nadie que no fuese soldado entrase en la sala del Capítulo, sino los frailes con los cuales quería hablar. Y estando nosotros reunidos en Capítulo, comenzó el Rey a hablar de su empresa recomendándose a sí, a sus hermanos, a la Reina su madre y toda la comitiva, y arrodillándose devotísimamente, pidió las oraciones y sufragics de los frailes. Algunos frailes franceses que estaban junto a mí lloraban a lágrima viva, de devoción y ternura.

Después del Rey nos dirigió breves palabras el Cardenal Odón de la Curia Romana, que había sido Canciller de París y debía embarcarse con el Rey.

Habló luego fray Juan de Parma, Ministro General, el cual por su oficio le incumbía responder, y dijo:

—El Eclesiástico enseña: *Loquere major natu, decet enim te primun verbum, diligenti scientia.* Nuestro Rey y Señor y padre y bienhechor, que se ha mostrado afable a la congregación de los padres, ha venido a vernos humilde y benignamente y nos habló primero como a su dignidad convenía; no nos pide oro ni plata, de lo que por gracia de Dios tiene abundancia en sus erarios, sino que pide las oraciones y sufragios de los frailes, y esto para una empresa en que por muchos títulos se le debe encomendar a Dios. Porque en realidad esta peregrinación y cruzada la emprendió el Rey a honra de nuestro Señor Jesucristo, para dar socorro a la Tierra Santa y rendir a los enemigos de la fe y de la cruz de Cristo, en honra de la Iglesia universal y de toda la fe cristiana, y para la salud de su alma y de cuantos se han de embarcar con él.

Y porque ha sido principal bienhechor y defensor de la Orden, no sólo en París, sino también en todo su reino, y ha venido con tan digno acompañamiento a pedirnos los sufragios de la Orden para tal empresa, es justo y razonable que le correspondamos con algunos beneficios. Y como los frailes de Francia están más prontos a interesarse en esta empresa y harán ellos más de lo que yo sabría imponerles, ninguna ley les pongo. Mas, ya que empecé a visitar la Orden, he pensado encargar a cada sacerdote cuatro Misas por el Rey y por todos los suyos; una del Espíritu Santo,

otra de la Cruz, la tercera de la Bienaventurada Virgen María y la cuarta de la Santísima Trinidad. Y si aconteciere que el Hijo de Dios lo llame de este mundo al Padre, que añadan aún más los frailes. Si no he respondido lo bastante a su deseo, el mismo Rey sea Señor de mandar; porque de nuestra parte no falta quien cumpla, sino quien mande."

El Rey dio las gracias al Ministro General y se mostró satisfecho de la respuesta, que quiso que el General se la diese por escrito y refrendada con su sello. Y así se hizo.

Aquel día comió el Rey en refectorio con los frailes y costeó la comida. Comieron también allí los tres hermanos del Rey, el Cardenal de la Curia Romana, el Ministro General, fray Rigaldo, Arzobispo de Roan, el Ministro Provincial de Francia, los Custodios, Definidores, Discretos, todos los Capitulares y los frailes huéspedes que llamamos forasteros. Viendo, pues, el Ministro General que el Rey tenía noble y digno acompañamiento (los tres Condes, el Cardenal Legado de la Curia Romana y el Arzobispo de Roan) no quiso hacer ostentación de su oficio, aunque lo invitaron a que se sentase al lado del Rey, sino que prefirió practicar la humildad y cortesía que el Señor enseñó de palabra y con el ejemplo, y se sentó con la mesa de los humildes, que se vio ennoblecida con su presencia; y muchos quedaron edificados de esto y recibieron buen ejemplo. *(Sigue la lista de los platos que se sirvieron y añade:)*

Al día siguiente continuó el Rey su viaje, y yo le seguí en cuanto se terminó el Capítulo; porque tenía obediencia del Ministro General para ir a morar en la

Provenza. Fácil me fue hallar al Rey; porque frecuentemente se apartaba del camino, a uno y otro lado, para llegarse a los eremitorios de los frailes Menores y de otros Religiosos, y encomendarse a sus oraciones. Y esto lo hizo siempre hasta que llegó al mar.

Y visitando yo a los frailes de Auxerre, a cuyo convento había pertenecido, fuí un día a Vecelay, noble pueblo de Borgoña, donde se creía entonces que estaba el cuerpo de Magdalena. El día siguiente, que era domingo, vino el Rey muy temprano a pedir las oraciones de los frailes. Dejó toda su comitiva en el pueblo, del que distaban poco los frailes, y sólo trajo consigo sus tres hermanos y algunos sirvientes que tuviesen cuenta de los caballos.

Después que hizo la genuflexión y reverencia al altar, los frailes miraban las sillas y bancos para sentarse. Pero el Rey se sentó en tierra en el polvo, como lo vi con mis ojos; pues no estaba embaldosada aquella iglesia. Y nos llamó diciendo:

—Acercaos, hermanos míos dulcísimos, y oídme.

Nos pusimos en círculo junto a él, sentados como él en tierra, y lo mismo hicieron sus hermanos. Y se nos recomendó y pidió las oraciones y sufragios de los frailes en la forma arriba descrita.

Después que se le respondió, salió de la iglesia para continuar el viaje. Dijéronle que Carlos quedaba orando con fervor. El Rey se alegró y esperaba pacientemente a que su hermano orase, y no montaba a caballo. Los otros dos hermanos esperaban también fuera con el Rey. Carlos era el más joven... y hacía muchas genuflexiones ante el altar lateral próximo a la puerta de la iglesia.

Yo veía a Carlos que estaba orando con fervor, y al Rey que esperaba pacientemente fuera de la puerta; y quedé muy edificado.

De fray Salimbene en su Crónica, pág. 93 ss. edic. de Parma.

CAPITULO III

Predicación de San Antonio en Padua

En tiempo de aquel Capítulo General en que se hizo la traslación de las reliquias del Padre San Francisco (1230), recibió *(San Antonio)* del Ministro General libertad absoluta para la predicación, y guiado del espíritu de Cristo, llegó a la ciudad de Padua.

Acercándose con la cuaresma el tiempo de la predicación y pareciéndole oportuno insistir en ella, predicó al pueblo la penitencia de los pecados cuarenta días continuos; y a pesar de que le fatigaba su natural corpulencia y de lo que le debilitaba su continua enfermedad, llevado de su inquebrantable celo por la salud de las almas, permanecía, desde la salida hasta la puesta del sol, instruyendo, predicando y oyendo confesiones, afligiéndose además con el ayuno.

Y como el envidioso de la virtud y enemigo del género humano se empeña en estorbar las obras buenas, quiso al principio de dicha cuaresma apartar al siervo de Dios de su santo propósito; y una noche, que se había entregado al descanso, le apretó la garganta intentando ahogarle. Invocó el Santo fervoro-

samente el glorioso nombre de la Virgen Madre de Dios, e hizo la señal de la cruz sobre la frente, y abriendo los ojos para mirar al que huía, vio la celda bañada toda de resplandor celestial; y es de creer que por disposición divina descendiese a la celda del siervo de Dios esta luz para que por ella reconociese al dispensador de los dones celestiales y no pudiendo el padre de las tinieblas sufrir tal resplandor, huyese confuso y aterrado.

Luego que sonó en los pueblos de Padua el nombre de San Antonio, concurrían de todas partes en grandísima muchedumbre a oír su predicación, y la recibían como tierra sedienta de la lluvia. No bastando el ámbito de las iglesias para contener tanta muchedumbre de pueblos, salió a predicarles en campos espaciosos. Pues de las ciudades, pueblos y villas de los alrededores de Padua venía innumerable multitud de toda edad, sexo y condición, todos devotamente sedientos de oír la palabra de vida, y confiando con firmísima fe en lograr la salud del alma mediante la doctrina y el auxilio del Santo.

Se levantaban a media noche, y llevando luces encendidas, se apresuraban con ardor y corrían a porfía para adelantarse unos a otros y tomar puesto en el lugar donde había predicado. Porque a los que estaban en discordia, los atraía a la paz y unión; a los que gemían en la esclavitud, les daba la libertad; las usuras y usurpaciones violentas se reparaban con las debidas restituciones, tanto que ponían a los pies del Santo el precio de los campos y casas empeñadas, y devolvían lo robado o pedían perdón a los damnificados. Con saludables amonestaciones retraía de su vida nefanda

a prostitutas escandalosísimas y convertía eficazmente a penitencia a los raptores, incendiarios, ladrones y toda suerte de pecadores.

Era tal la multitud de hombres y mujeres que enviaba a confesar los pecados, que ni bastaban nuestros frailes ni los otros sacerdotes muy numerosos que le acompañaban. Muchos de los que venían a confesarse, aseguraban haber tenido visiones divinas en que les intimaban que siguiesen confiadamente los consejos de Antonio; otros venían secretamente a nuestros frailes, después que él había muerto, y afirmaban que se les había aparecido en sueños y los remitía a determinados frailes que había designado por sus nombres.

Del *"Dialogus de vitis sanctorum fratrum Minorum"*, libro escrito por los años de 1245, pág. 7. Romae, 1902). Su autor, el Beato Juan de Parma, Ministro General de la Orden desde 1247 a 1257, afirma que él mismo vio en parte lo que refiere de San Antonio, y lo demás lo oyó a testigos fidedignos. Otro autor contemporáneo del Santo, hablando de su predicación en Padua, añade a lo ya dicho:

"Era de ver cómo en medio de las tinieblas de la noche acudían militares y señores nobles, gente acostumbrada a pasar gran parte del día entregados al sueño en camas muelles; y no obstante, sin dar indicios de la menor molestia, se anticipaban a la llegada del predicador. Ancianos y jóvenes, hombres y mujeres de toda edad y condición se apresuraban con ansia, y todos dejaban los trajes de lujo y se presentaban con vestido tan modesto que podríamos llamar religioso. Hasta el venerable Obispo de Padua vino devotamente con su clero a la predicación del siervo de Dios Antonio, constituyéndole dechado de la grey y dándola humilde ejemplo de cómo le habían de escuchar. Era tal el afán y avidez con que todos atendían, que

habiendo por lo regular en el auditorio treinta mil hombres, según dicen, no se oía en toda la multitud una voz ni un murmullo, y todos, cual si fuesen un solo hombre, permanecían en continuo silencio pendientes de los labios del predicador. Los que tenían puestos o tiendas de cualquier clase de mercancías, por el gran deseo de escucharle no las exponían al público hasta después de la predicación. Las mujeres, ebrias de devoción, traían tijeras y le cortaban trozos de la túnica, llevándolos como reliquias, y se tenía por feliz el que había logrado tocarle, aunque no fuese más que la orla del hábito. No fue posible defenderle de la avalancha de gente que se precipitaba sobre él, sino formando una tropa de jóvenes robustos que le rodeaban, y observando solícitamente el lugar por donde pudiese huir o esperando a que los pueblos se hubiesen marchado."

V. S. *Antonii de Padua Vitae duae,* pág. 47, ed. León Kewal. París, 1904).

CAPITULO IV

Cómo se alegró San Francisco al oír la buena fama de los frailes de España

San Francisco se regocijaba vivamente y se extasiaba en el Señor cuando oía la fama de sus hijos. Un devoto eclesiástico español, que vio a San Francisco, entre otras cosas que le refirió de los frailes que estaban en España, le dio esta noticia:

En mi tierra tus frailes habitan en un pobrísimo eremitorio y tienen establecido este modo de vivir: la mitad de ellos cuidan de los quehaceres de la casa, y la otra mitad se aplican a la oración; y cada semana se relevan acudiendo al trabajo los que se ocupaban en la oración, entregándose a ésta los que atendían a las ocupaciones materiales (1). Un día, habiendo puesto la mesa y tocado a comer, acudieron todos menos uno, que era de los contemplativos. Después de esperar un poco, fueron a su celda a llamarlo; pero tenía

(1) Este método de vida lo estableció San Francisco como Reglamento especial para los eremitorios. Véase *Opuscula* S. P. *Francisci*, pág. 83. Quaracchi, 1904.

él mejor comida en la mesa de los regalos del Señor. Lo hallaron postrado sobre su rostro en el suelo y tendido en forma de cruz, sin respiración ni movimiento. A la cabeza y a los pies ardían dos antorchas que bañaban de admirable luz la celda. Lo dejaron tranquilo, no queriendo interrumpirle la dulzura de la contemplación, y se quedaron observándole de fuera. Por fin desapareció la luz, volvió en sí el fraile, acudió presto al refectorio y fue su primer cuidado *decir la culpa* (1) por la tardanza. Esto sucedió, dijo aquel español, en nuestra tierra.

(*Tomás de Celano*, pág. 302).

(1) Véase la nota al Capítulo primero de este Apéndice.

CAPITULO V

Representación del pesebre de Belén que hizo San Francisco por Navidad

El principal y sumo anhelo de San Francisco se cifraba en observar en todo y por todo el santo Evangelio y seguir fervorosa y perfectísimamente la doctrina y los ejemplos de nuestro Señor Jesucristo. Meditaba continuamente sus palabras y veneraba devotísimamente sus obras; pero sobre todo la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión los tenía tan presentes que apenas quería pensar en otra cosa.

Es digno de eterna memoria y muy reverente veneración lo que hizo en Greccio, tres años antes de su glorioso tránsito, el día del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Había allí un hombre, llamado Juan, de buena reputación y excelente virtud. San Francisco lo amaba mucho; porque siendo muy noble y honrado, prefirió la nobleza del espíritu a la del linaje. Quince días antes de Navidad lo hizo llamar, como otras veces, y le dijo:

—Si quieres que celebremos en Greccio esta fiesta

del Señor, vete y haz los preparativos, como yo te digo; porque intento hacer una representación del Niño que nació en Belén, de modo que se vea corporalmente cómo fue reclinado en el pesebre, y estuvo echado sobre el heno sufriendo las incomodidades de la niñez, entre el buey y el asno.

El piadoso hombre se apresuró a disponer todo lo que el Santo le dijo. Llegó el día de la alegría, y se llamaron frailes de muchas partes. Los hombres y mujeres del país prepararon con entusiasmo cirios y teas, según su posibilidad, para iluminar aquella noche que, con su radiante luz, alumbró todos los tiempos y edades. Llega el varón de Dios, y hallándolo todo preparado, vio y se alegró. Se arregló el pesebre, se le echó el heno, trajeron el buey y el asno. Allí se ve honrada la sencillez, la pobreza ensalzada y engrandecida la humildad. Greccio parece una nueva Belén. La noche está iluminada como el día, y es deliciosa a hombres y animales. Acuden los pueblos, y con la nueva fiesta disfrutan nueva alegría. Resuenan las voces en la selva, y responden las rocas con el eco. Cantan los frailes, tributando a Dios las debidas alabanzas, y toda la noche es una continua alegría.

Ante el pesebre está el Santo exhalando suspiros, conmovido de devoción y ternura, embriagado de admirable gozo. Se celebra encima el santo Sacrificio, y percibe nuevo consuelo el sacerdote. Revestido Francisco con los sagrados ornamentos de diácono, pues lo era, canta el santo Evangelio con voz sonora y vehemente, voz dulce y clara que a todos invita a los consuelos soberanos. Predica después al pueblo circunstante, y le habla dulcísimamente del nacimiento

del Rey pobre y de la pequeña ciudad de Belén. Cuando quería nombrar a Cristo Jesús, le llamaba el *Niño de Belén*, e inflamado de excesivo amor, imitaba, al pronunciar la palabra *Bethleem*, el balido de la oveja y henchía la boca con el sonido y más aún con la dulzura del afecto, y se lamía los labios al nombrar a Jesús y llamarle Niño de Belén, saboreando y gozando la dulzura de estas palabras.

Multiplícanse allí los regalos del Omnipotente, y un varón de singular virtud es favorecido con esta visión: Veía en el pesebre un niño que yacía exánime; pero resucitaba, como del sopor de un sueño, al acercársele el Santo (1). Y no carecía de sentido esta visión; pues estando el Niño Jesús olvidado en los corazones de muchos, revivió en ellos, obrando la divina gracia por medio de su siervo Francisco, y les quedó vivamente impreso en la memoria. Terminados, por fin, los cultos solemnes, cada cual se vuelve alegre y gozoso a su casa.

El heno del pesebre donde se había multiplicado la misericordia divina fue guardado con la esperanza de obtener del Señor por su medio la salud de los animales enfermos; y, en efecto, muchos de toda la región sanaron de diversas enfermedades, comiéndolo. Y aún las mujeres que se hallaban en el grave peligro de alumbramientos difíciles, dieron a luz con felicidad al contacto de este heno, y personas de uno y

(1) San Buenaventura afirma *(Leyenda*, Cap. X) que la persona favorecida con esta visión fue el piadoso Juan de Greccio, encargado de los preparativos; y dice que San Francisco pidió y obtuvo permiso del Papa para hacer esta fiesta.

otro sexo hallaron en aquel lugar la deseada salud para diversos padecimientos.

Finalmente, este lugar fue consagrado al culto del Señor. Se erigió una iglesia en honor del bienaventurado Padre San Francisco y se colocó un altar sobre el pesebre, para que donde los animales habían comido el heno, comiesen en lo sucesivo los hombres para salud de alma y cuerpo la carne del cordero limpio e inmaculado Jesucristo, Señor nuestro, que se nos dio con suma e inefable caridad y que vive y reina eternamente glorioso con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

(De fray Tomás de Celano, Vita S. Francisci, página 85, Ed. C. Eduard Alenç. Roma, 1906).

CAPITULO VI

Amor y ternura de San Francisco a la pobreza del Niño Dios (1)

Habiendo venido un Superior Provincial a ver a San Francisco para celebrar en su compañía la fiesta de la Natividad del Señor en el convento de Rieti, los frailes, en atención al Provincial y a la fiesta, prepararon la mesa con alguna distinción y curiosidad, poniendo toallas blancas y hermosas y vasos de vidrio. Al bajar San Francisco de la celda, vio las mesas altas y curiosas.

---

(1) Este Capítulo y los restantes son del *Speculum Perfectionis*, "compilación de lo que en diversos lugares escribieron, hicieron escribir o refirieron los compañeros de San Francisco". Libro en que, dice el P. Lemmens *(Spec.*, pág. 22), "todo manifiesta ser obra de testigos de vista y discípulos familiares: la sencillez de palabras, la naturalidad del colorido..." el candor de la narración que no deja suponer ficción o imitación". Me sirvo del editado por Sabatier que se halla, lo mismo que la *Leyenda de los Tres Compañeros*, en un códice de Dublín con la fecha de 1282 y es de ordinario más extenso que el que publicó el P. Lemmens. De éste he tomado el Capítulo XXXVI, porque en el texto dè Sabatier (pág. 211) está compendiado.

Al punto tomó secretamente el báculo y el sombrero de un pobre que había venido allí, y llamando en voz baja a un compañero suyo, salió fuera de la puerta del convento sin saberlo los demás. El compañero quedó dentro junto a la puerta. Mientras tanto los frailes se sentaron a la mesa; porque el Santo les tenía ordenado que no le esperasen cuando no llegase puntualmente a la hora. Habiendo estado fuera un poco, llamó a la puerta; su compañero le abrió inmediatamente, entrando él con el sombrero echado a la espalda y el báculo en la mano; llegó a la puerta del local en que comían los frailes, y clamó como un pobre peregrino:

—¡Por el amor de Dios nuestro Señor dad una limosna a este peregrino pobre y enfermo!

El Provincial y los otros frailes lo conocieron al instante, y le respondió el Provincial:

—Hermano, nosotros también somos pobres, y como somos muchos, necesitamos las limosnas que tenemos; pero entra y, por el amor de aquel Señor que nombraste, te daremos de lo que Dios nos ha dado.

Y habiendo entrado y quedándose delante de la mesa, el Provincial le dio la escudilla en que comía y parte del pan. El lo tomó humildemente y fue a sentarse junto al fuego a la vista de los frailes, que estaban sentados a la mesa, y después dijo suspirando:

—Cuando vi la mesa preparada magnífica y curiosamente, me pareció que no era mesa de religiosos pobres que van por limosna cada día de puerta en puerta; porque a nosotros, carísimos, nos conviene más que los otros religiosos seguir el ejemplo de la humildad y pobreza de Cristo, pues para esto fuimos llamados y esto hemos prometido delante de Dios y

de los hombres. Ahora me parece que estoy sentado como un fraile Menor. Las fiestas del Señor y de los Santos se honran más con la escasez y pobreza con que ellos ganaron la gloria, que no con la superfluidad y curiosidad con que el alma se aleja del cielo.

Y se avergonzaron los frailes reconociendo que les decía la pura verdad, y algunos rompieron a llorar copiosamente viendo como él estaba sentado en tierra y cuán santa y ejemplarmente los había querido corregir y enseñar. Amonestaba a los frailes que dispusiesen la mesa tan humilde y sencillamente que pudiese edificar a los seglares, y que llegando un pobre e invitándolo los frailes, pudiese sentarse al igual de ellos, y no el pobre en el suelo y los frailes en alto.

(Pág. 39).

Nosotros que vivimos con San Francisco y escribimos esto, damos testimonio de que muchas veces le oímos decir:

—Si hablare con el Emperador le he de suplicar y persuadir que por amor de Dios y por el mío haga una ley especial para que nadie cace o mate a las hermanas alondras ni les haga mal, y que las autoridades de las ciudades y los señores de las villas y castillos deban obligar a los hombres todos los años por el día de Navidad a echar trigo y otros granos en los caminos fuera de las ciudades y pueblos para que tengan que comer las hermanas alondras y las otras aves en día tan solemne; y además que, por reverencia al Hijo de Dios que la Virgen Santísima reclinó esta noche en un pesebre entre el buey y el asno, cualquiera que tenga buey o asno deba darles esta noche buena y abundante comida, y que los ricos tengan que hartar de bue-

nos alimentos a todos los pobres.

Más que todas las fiestas del Señor reverenciaba San Francisco la Natividad, y decía:

—Después que nos nació el Señor, consiguiente fue que nos salvase.

Por lo cual deseaba que todos los cristianos se alegrasen en el Señor en este día y, por amor de aquél que se nos dio a sí mismo, todos alimentasen abundantemente no sólo a los pobres, sino también a los cuadrúpedos y a las aves.

(*Spec. Perfect.*, ed. P. Lemmens, pag. 48).

Hablando una vez los frailes de no comer carne el día de Navidad, porque era viernes, respondió el Santo a fray Morico:

—Es un pecado, hermano, llamar viernes al día en que nos nació el Niño. Quisiera que hasta las paredes comieran carne en ese día...

No podía pensar sin lágrimas en la penuria de que aquel día se vio rodeada la pobrecilla Virgen María. Estando sentado a la mesa recordó uno de los frailes la pobreza de la Bienaventurada Virgen y de Cristo su bendito hijo. Inmediatamente se levantó el Santo exhalando dolorosos gemidos, y bañado en lágrimas, fue a comer el pan sentado en la desnuda tierra.

Llamaba virtud real la de la pobreza que con tanta excelencia había resplandecido en el Rey y en la Reina. Y consultándole los frailes cuál virtud haría a uno más amigo de Cristo, respondió como descubriendo el secreto de su corazón:

—Sabed, hijos, que la pobreza. Ella es camino especial de salvación y su fruto múltiple y de pocos conocido. (Fr. Tomás de Celano, pág. 318 y 311).

CAPITULO VII

Caridad compasiva de San Francisco con los débiles y enfermos

Cuando San Francisco comenzó a tener frailes, vivía con ellos en Rivetorto, cerca de Asís. Sucedió una vez que, estando todos durmiendo, hacia la media noche exclamó uno:

– ¡Me muero! ¡Me muero!

Despertaron todos asustados, y San Francisco se levantó y dijo:

–Levantaos, hermanos, y encendez luz.

Y habiéndola encendido, preguntó:

– ¿Quién es el que dijo que se moría?

–Soy yo –respondió aquel fraile.

Y le preguntó:

– ¿Qué tienes, hermano? ¿De qué te mueres?

–Muero de hambre –añadió él.

Al instante hizo San Francisco poner la mesa, y como tan caritativo y discreto, se puso a comer con él para que no le diese vergüenza comer solo, y por indicación suya comieron también los otros.

Aquel fraile y también los demás estaban en el

principio de su conversión al Señor, y castigaban excesivamente sus cuerpos. Por eso después que comieron les dijo San Francisco.

–Carísimos, os encargo que cada cual considere su complexión; porque aunque uno pueda sustentarse con poca comida, no quiero que en eso lo imite el que necesita más, sino que debe atender a su naturaleza, y tomar lo necesario para que el cuerpo pueda servir al espíritu; pues en el comer, no sólo debemos evitar la superfluidad que perjudica al cuerpo y al alma, sino también la demasiada abstinencia, tanto más que el Señor quiere la misericordia y no el sacrificio.

Y añadió despues:

–Hermanos carísimos, esto de comer todos por caridad con nuestro hermano para que no se avergonzase de comer solo, me obligó a hacerlo la necesidad y la caridad; pero en adelante no quiero que se haga de este modo, porque no sería religioso ni conveniente, sino que deseo y os lo ordeno, que, según lo permita nuestra pobreza, cada uno satisfaga su necesidad en la medida que le convenga.

Los primeros frailes y los que durante largo tiempo entraron después de ellos, mortificaban sobremanera sus cuerpos con abstinencia de comida y bebida; vigilias, frío, aspereza de vestido y trabajo material; y llevaban a raíz de la carne argollas de hierro, corazas muy fuertes y cilicios; por lo que el Santo Padre, considerando que con esto podían perder la salud, y en poco tiempo ya habían enfermado algunos, prohibió en un Capítulo que nadie llevase a raíz de la carne otra cosa que la túnica.

Nosotros que vivimos con él damos testimonio que en toda su vida, aunque fue siempre discreto y mode-

rado para con los frailes dentro de los límites de nuestra pobreza y estado, sin embargo, con su propio cuerpo fue austero desde el principio de su conversión hasta el fin de la vida, no obstante que su naturaleza era débil, y en el siglo no pudo vivir sino delicadamente.

En otro tiempo, estando en el mismo lugar, había allí un fraile espiritual y antiguo en la religión que se hallaba muy débil y enfermo. Reparó en él San Francisco y se movió a mucha compasión. Y porque entonces los frailes, así sanos como enfermos, tenían por abundancia la pobreza, y se alegraban mucho con ella, y no pedían ni usaban medicinas para sus enfermedades, antes tomaban de mejor gana las cosas contrarias al cuerpo, dijo para sí San Francisco:

–Si este hermano comiese tempranito unas uvas maduras, creo que le habían de aprovechar.

Y como lo pensó lo hizo. Se levantó un día muy temprano, llamó secretamente al dicho fraile y lo llevó a una viña que estaba cerca. Escogió una cepa que tenía uvas buenas para comer, y sentándose con su compañero, empezó a comer para que el enfermo no se avergonzase. Y en efecto, se sintió después sano este fraile, y ambos alabaron al Señor.

Y toda su vida se acordó el dicho fraile de aquella piedad y misericordia que con él había usado el santísimo Padre, y muchas veces lo contaba a los otros frailes con grande devoción y derramando lágrimas.

No se avergonzaba San Francisco de ir pidiendo públicamente carne por las ciudades para cualquier fraile enfermo; pero amonestaba a los débiles a soportar pacientemente la escasez, y no inquietarse

cuándo no los complacían en todo; y por eso hizo escribir en la primera Regla:

Ruego a mis frailes que en sus enfermedades no se airen ni conturben contra Dios ni contra los frailes, ni pidan medicinas muy solícitamente, ni deseen demasiado la salud de la carne que presto ha de morir y es enemiga del alma, sino más bien den gracias por todo y deseen ser tales cuales los quiere Dios; porque a los que el Señor destina para la vida eterna, los dispone con las pruebas de los castigos y enfermedades, como El mismo dice: *yo a los que amo, los reprendo y castigo.*

(Pág. 74)

Nosotros que vivimos con él damos testimonio que era tal su caridad y compasión con los enfermos y los sanos, y no sólo con sus frailes, sino también con los otros pobres sanos y enfermos, que les daba con grande alegría interior y exterior las cosas que él más necesitaba, y que a veces le habían adquirido los frailes con grande solicitud y trabajo, y se privaba de ellas halagándonos primero a nosotros para que no nos disgustásemos. Por eso el Ministro General y el Guardián le habían mandado que a ningún fraile diese la túnica sin licencia. Porque a veces los frailes por sus devociones se la pedían, y él la daba inmediatamente; y después pasaba gran necesidad y trabajo, porque nunca tuvo más de una y no podía hallar otra tan presto, sobre todo porque siempre quería que fuese pobre y remendada a veces por dentro y por fuera, y nunca o rara vez la quería de paño nuevo, sino que adquiría la de otro fraile y la llevaba por algún tiempo. Y esto lo observó hasta el año en que murió; pues pocos días

antes de la muerte le hicieron los frailes varias túnicas; porque estaba hidrópico, casi del todo consumido y con otras muchas enfermedades, y le mudaban la túnica día y noche, como era necesario.

CAPITULO VIII

San Francisco llorando en alta voz
la Pasión del Señor

Poco después de su conversión, iba una vez San Francisco solo por el camino, no muy lejos de la iglesia de Santa María de Porciúncula, e iba llorando y lamentándose en alta voz. Vino a su encuentro cierto hombre devoto, temiendo no sintiese algún dolor de enfermedad, y le preguntó:

–¿Qué tienes, hermano?

–¡Así debería ir por todo el mundo –respondió–, llorando, sin tener de ello vergüenza, la Pasión de mi Señor!

Entonces comenzó también aquel hombre a llorar con él, derramando abundantes lágrimas. Nosotros le conocimos y por él lo hemos sabido, y proporcionó mucho consuelo y caridad a San Francisco y a nosotros sus compañeros.

CAPITULO IX

Cómo, hallándose San Francisco en peligro de muerte, consoló y bendijo a sus frailes

En una ocasión que San Francisco se hallaba enfermo del estómago, a causa de la excesiva violencia de los vómitos, estuvo arrojando sangre durante toda la noche hasta la mañana, y viéndolo sus compañeros casi agonizando por la excesiva debilidad y angustia, le dijeron con sumo dolor y llanto:

–Padre, ¿qué haremos sin ti? ¿A quién acudiremos ahora que nos dejas huérfanos? Tú siempre fuiste para nosotros padre y madre que nos engendraste y adquiriste para Cristo. Tú fuiste nuestro pastor y guía, maestro y corrector que nos enseñaba más con el ejemplo que de palabra. ¡A dónde iremos, ovejas sin pastor! ¡Huérfanos sin padre! ¡Rudos e ignorantes sin guía! ¿Dónde te hallaremos, oh gloria de pobreza, honra de la simplicidad y honor de nuestra bajeza? ¿Quién nos enseñará ahora el camino de la verdad? ¿Quién nos aconsejará? ¿Dónde habrá un alma fervorosa que nos dirija por el camino de la cruz, y nos anime a la perfección evangélica? ¿Dónde te hallaremos,

oh, luz de nuestros ojos y consuelo de nuestras almas? ¡Tu muerte nos dejará sumidos en desolación, tristeza y amargura...! Siquiera, Padre, bendícenos a nosotros y a los demás frailes, hijos tuyos que adquiriste para Cristo, y déjanos algún recuerdo de tu última voluntad, que los frailes conserven en su memoria para que puedan decir: "Esto dijo nuestro Padre a sus frailes e hijos en la hora de su muerte".

Mirando entonces el piadosísimo Padre a sus hijos con amor paternal, les dijo:

–Llamadme a fray Benito de Pirato.

Era este fraile, sacerdote, discreto y santo; y a veces, cuando San Francisco se hallaba enfermo, le decía Misa, porque quería oírla siempre que podía, por muy enfermo que estuviese.

En cuanto llegó le dijo:

–Escribe la bendición que voy a dar a todos mis frailes, así a los que hay ahora, como a los que ha de haber hasta el fin del mundo. Y porque la enfermedad no me deja hablar, diré en tres palabras mi intención y voluntad a todos los frailes presentes y futuros. Les encargo como mi recuerdo, bendición y testamento, que siempre se amen mutuamente como yo los amé y los amo; que amen y guarden siempre la pobreza nuestra señora, y se mantengan siempre fieles y sujetos a los Prelados y clérigos de la santa madre Iglesia.

Así acostumbraba nuestro Padre bendecir, al fin de los Capítulos, a todos los frailes presentes y futuros; y aun fuera de Capítulo lo hacía muchas veces con fervor de espíritu. Y los amonestaba que temiesen y evitasen el mal ejemplo, y maldecía a los que con malos ejemplos provocaban a los hombres a blas-

femar contra la religión y vida de los frailes; porque con esto se afligen y avergüenzan mucho los pobres y buenos santos.

CAPITULO X

Alegría de San Francisco por la seguridad de su salvación

San Francisco estuvo cincuenta días muy enfermo de la vista y agobiado de molestísimas tentaciones en San Damián, en la celdita de cañas que le hizo Santa Clara; pero al fin se dignó el Señor consolarlo, hablándole de un tesoro preciosísimo, y el Santo respondió:

–Grande sería, Señor, ese tesoro y muy precioso y sumamente admirable y deseable.

Y oyó que de nuevo le decía:

–Alégrate, pues, hermano, y gózate en tus enfermedades y tribulaciones; y en adelante puedes estar tan seguro como si ya estuvieras en mi reino.

Levantándose el Santo a la mañana, dijo a sus compañeros:

–Si el emperador diera a un siervo suyo un reino entero, ¿no debería aquel siervo alegrarse mucho? Y si le diera todo el imperio, ¿no se alegraría mucho más? Luego debo yo gozarme mucho en mis enfermedades y tribulaciones y confiar en el Señor y dar siempre gracias a Dios Padre y a su Hijo único, nues-

tro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo, por la grandísima gracia que me hizo el Señor; pues se dignó asegurarme de la posesión de su reino a mí, indigno siervo suyo, estando aún en esta vida. Por eso quiero hacer, en alabanza suya y para consuelo nuestro y edificación de los prójimos, un nuevo cántico de loores acerca de las criaturas del Señor, de las que nos servimos diariamente, y sin las que no podemos vivir, y con las cuales el género humano ofende mucho a su Criador. Y continuamente somos ingratos a tantas gracias y beneficios, por no alabar como deberíamos al Señor, Criador y dador de todos los bienes.

Y sentándose, se puso a meditar algún tiempo, y después dijo:

–*Altísimo, omnipotente buen Señor...* e hizo el cántico y enseñó a sus compañeros a pronunciarlo y cantarlo.

Sentía entonces su espíritu tanto consuelo y dulzura, que quería enviar a llamar a fray Pacífico, el cual era llamado en el siglo el rey de los versos, y fue muy cortesano y maestro de los cantores; y quería el Santo darle algunos frailes que fuesen con él por el mundo predicando y cantando estas alabanzas del Señor.

Y proponía que el que supiese predicar mejor, debía anunciar primero al pueblo la divina palabra, y que después del sermón cantasen todos juntos aquellas alabanzas como trovadores del Señor.

Terminado el canto, quería que el predicador dijese al pueblo:

–Nosotros somos juglares del Señor, y queremos que nos recompenséis con hacer verdadera penitencia.

Y decía:

—¿Qué son los siervos de Dios, sino juglares suyos, que deben levantar los corazones de la gente y entusiasmarlos con la alegría espiritual?

Y en especial decía esto de los frailes Menores, que han sido dados al pueblo de Dios para que lo salven. (Pág. 196)

Después que San Francisco compuso las predichas alabanzas, que llamó *Cántico del hermano Sol,* ocurrió una gran discordia entre el Obispo y el *Podestá* o Gobernador de Asís. El Obispo excomulgó al Gobernador, y éste mandó por público pregón que nadie comprase ni vendiese cosa alguna al Obispo, ni hiciese con él otro cualquier contrato.

San Francisco estaba enfermo, y oyendo estas cosas, se movió a compasión, sobre todo porque nadie se cuidaba de inducirlos a la paz, y dijo a sus compañeros:

—Es grande vergüenza para nosotros, siervos de Dios, que el Obispo y el Gobernador se tengan tanto odio, y que no haya nadie que se introduzca a poner paz entre ellos. Con esta ocasión hizo y añadió a las dichas alabanzas otra nueva estrofa:

Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por tu amor, etc.

Después llamó a uno de sus compañeros y le dijo:

—Vete al Gobernador y dile de mi parte que venga al palacio del Obispo con los nobles de la ciudad y la demás gente que pueda traer consigo.

Después que partió el fraile, dijo a otros dos compañeros:

—Id ante el Obispo y el Gobernador y los demás que están con ellos, y cantad el Cántico del hermano

Sol; pues confío en el Señor que al instante les humillará los corazones, y volverán a la amistad y amor de antes.

Reunidos todos en la plaza del claustro episcopal, se levantaron aquellos dos frailes, y dijo uno de ellos:

–Fray Francisco hizo, desde que está enfermo, unas alabanzas al Señor acerca de sus criaturas en loor del mismo Dios y para edificación del prójimo; y os ruega que las oigáis con mucha devoción.

Y en el acto empezaron a cantarlas.

El Gobernador se levantó al instante y escuchó atento y con devoción suma, teniendo las manos juntas como al Evangelio del Señor, y no sin derramar muchas lágrimas; pues le tenía gran fe y devoción a San Francisco.

Terminado el Cántico, dijo delante de todos:

–De verdad os digo que no ya al Señor Obispo, a quien amo y debo tener por mi Señor, sino a quien hubiese muerto a mi hermano o a mi hijo, le perdonaría.

Y hablando de esta manera, se echó a los pies del Señor Obispo y le dijo:

–Estoy pronto a daros satisfacción completa, de la manera que os agrade, por amor de nuestro Señor Jesucristo y de su santo siervo Francisco.

El Obispo lo levantó por su mano y le dijo:

–Por mi oficio me correspondería ser humilde; pero soy naturalmente propenso a la ira, y conviene que me perdones.

Y se abrazaron con mucha benignidad y amor, y se besaron mutuamente.

Los frailes se asombraron y quedaron llenos de

gozo al ver cumplido a la letra lo que San Francisco había predicho de la concordia. Y todos los que se hallaban presentes lo reputaban por grandísimo milagro, atribuyendo en todo a los méritos de San Francisco el que tan repentinamente los visitase el Señor, y de tanta discordia y escándalo volviesen, sin acordarse ya de la menor palabra, a tan perfecta unión.

Nosotros que vivimos con San Francisco damos testimonio que en diciendo tal o cual cosa había de suceder, siempre se cumplía a la letra; y hemos visto anunciadas y cumplidas tantas y tales, que sería largo escribirlas o referirlas.

Al anunciarle a San Francisco la proximidad de su muerte, postrado como estaba en cama, levantó las manos al Señor con mucha devoción y reverencia y exclamó con grande alegría interior y exterior:

—¡Bienvenida sea mi hermana la muerte...! Ya que place al Señor que deba morirme pronto, llámame a fray Angel y fray León para que me canten acerca de la hermana muerte.

Cuando hubieron llegado, cantaron, embargados de dolor y tristeza y derramando muchas lágrimas, el Cántico del hermano Sol y de las otras criaturas del Señor que había compuesto el Santo; y entonces, antes de la última estrofa, le añadió la que sigue acerca de la hermana muerte:

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal

(Pág. 241)

CAPITULO XI

Cántico del Sol

Entre todas las criaturas irracionales amaba San Francisco más afectuosamente al sol y al fuego, y decía:

—A la mañana, cuando sale el sol, todos los hombres deberían alabar a Dios que lo creó para utilidad nuestra y con él nos alumbra de día; y a la tarde, cuando anochece, todos le deberían alabar por el hermano fuego que nos alumbra de noche; pues todos somos como ciegos, y el Señor nos alumbra por medio de estos dos hermanos; por eso es nuestro deber alabar al Criador por estas y otras criaturas de que nos estamos sirviendo cada día.

Y así lo hizo él siempre hasta el día de su muerte. Es más, cuando se sentía muy agravado en su enfermedad, él mismo comenzaba a cantar las alabanzas que acerca de las criaturas había compuesto en loor de Dios, y después se las hacía cantar a los compañeros para olvidarse de la acerbidad de los dolores con la meditación de las alabanzas del Señor.

Y porque consideraba y decía que el sol es más her-

moso que las otras criaturas, y se asemeja al Señor que en la Escritura es llamado *Sol de justicia,* al poner nombre a las alabanzas que compuso, cuando el Señor lo aseguró de la posesión de su reino, las llamó:

Cántico del hermano Sol (1)

Altísimo, omnipotente buen Señor,
tuyas las alabanzas son, la gloria y el honor
y toda bendición.
A ti sólo, Altísimo, te corresponden,
y ningún hombre es digno
de pronunciar tu nombre.
Loado seas, mi Señor,
por todas tus criaturas,
especialmente por el hermano sol
que hace el día y por él nos alumbras,
y el es bello y radiante con gran esplendor;
de ti, oh Altísimo, lleva significación.
Por la hermana luna y las estrellas;
Loado seas, mi Señor,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.
Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y nublado y sereno y todo tiempo
por los cuales a tus criaturas das sustento.
Loado seas, mi Señor, por la hermana agua
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.
Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego

(1) Aunque la versión adjunta, tomada de la última edición, reproduce con más fidelidad que otras los conceptos y aún las expresiones de San Francisco, en vano se buscaría en ella la espontaneidad y el saber característico del original.

por el cual alumbras la noche,
y es hermoso y alegre por su vivo centelleo.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana madre tierra
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos, matizadas flores y hierba.
Loado seas, mi Señor, por quienes perdonan por
y sufren enfermedad y tribulación; [tu amor
dichosos los que sufrirán en paz,
porque de ti, Altísimo, coronados serán.
Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la
[muerte corporal,
de la cual ningún hombre viviente puede escapar;
¡ay de aquellos que mueran en pecado mortal!
Dichosos aquéllos que se hallan en tu santa voluntad,
porque la segunda muerte no les hará mal.
Load y bendecid a mi Señor, y dadle gracias,
y servidle siempre con grande humildad.

(Pág. 233)

INDICE

INDICE

PRIMERA PARTE págs.

I.—De los 12 primeros compañeros de San Francisco 7
II.—Cómo San Francisco convirtió al caballero Bernardo de Asís 9
III.—Cómo San Francisco fue a hablar con fray Bernardo 14
IV.—Cómo vino un ángel a la puerta para hablar con fray Elías 18
V.—Cómo fray Bernardo fundó un convento en Bolonia 24
VI.—Cómo San Francisco oró por fray Bernardo para que triunfase de las tentaciones 28
VII.—Cómo San Francisco pasó una Cuaresma en el lago de Perusa con la mitad de un panecillo . . 32
VIII.—Enseña San Francisco cómo en la paciencia está la perfecta alegría 35
IX.—Cómo San Francisco y fray León rezaron Maitines sin Breviario 39
X.—Cómo fray Maseo tentó a San Francisco 43
XI.—Cómo San Francisco hizo dar vueltas a fray Maseo para enseñarle el camino por donde debía ir 45
XII.—Cómo San Francisco quiso humillar a fray Maseo 49
XIII.—Cómo San Francisco, yendo a Francia, levantó con el aliento a fray Maseo y lo arrojó delante de sí 51
XIV.—Cómo Cristo se apareció a San Francisco y a sus compañeros 56

págs.

XV.–Cómo los ciudadanos de Asís corrieron a Santa María de los Angeles para apagar el incendio 58
XVI.–Cómo San Francisco dudó si debía dedicarse a la predicación o a la oración 62
XVII.–De un niño que se desmayó viendo a San Francisco hablar con Cristo 67
XVIII.–Cómo San Francisco reunió Capítulo en Asís . 69
XIX.–Cómo estando San Francisco enfermo de los ojos, se le apareció Cristo 74
XX.–De un novicio que fue tentado para salirse de la Orden 78
XXI.–Cómo San Francisco libró de un lobo feroz la ciudad de Gubio 81
XXII.–Cómo un joven regaló unas tórtolas a San Francisco y no se marcharon del convento hasta que el Santo les dio licencia 86
XXIII.–Cómo San Francisco vio el convento rodeado de demonios, y sólo uno entró adentro 88
XXIV.–Cómo San Francisco fue a convertir al Sultán de Babilonia 90
XXV.–Cómo San Francisco sanó a un leproso de alma y cuerpo 94
XXVI.–Cómo San Francisco recibió a un joven en la Orden, el cual despidió con desaire a unos ladrones, y después San Francisco les envió de comer, y se convirtieron 98
XXVII.–Cómo San Francisco fue a Bolonia, y convirtió con su predicación dos nobles seglares 108
XXVIII.–Cómo fray Bernardo de Quintaval estuvo en éxtasis desde la mañana hasta la hora de Nona 111
XXIX.–Cómo el demonio se apareció a fray Rufino en forma de Crucifijo, para engañarle, y le dijo que estaba condenado 114
XXX.–Cómo San Francisco envió a fray Rufino, sin hábito, a predicar en Asís, y después, para probar en sí aquella mortificación, fue él también de igual modo, e hicieron aquel día mucho fruto espiritual 119

págs.

XXXI.—Cómo San Francisco, por divino privilegio, conocía todas las virtudes y defectos de sus frailes y cómo decía que fray Rufino había sido canonizado por Cristo 122
XXXII.—Cuánto deseaba fray Maseo la virtud de la humildad, y cómo quiso dar los ojos para obtenerla, y la alcanzó 124
XXXIII.—Cómo bendiciendo Santa Clara la mesa por obediencia al Papa, apareció formada milagrosamente la cruz en cada panecillo 127
XXXIV.—Cómo San Luis vino a visitar a fray Gil, y no habiéndose visto nunca, se conocieron sin hablarse 130
XXXV.—Cómo estando gravemente enferma Santa Clara, fue transportada milagrosamente de la celda a la Iglesia 132
XXXVI.—De una visión hermosa y admirable que tuvo fray León, y cómo se la declaró San Francisco 134
XXXVII.—Cómo San Francisco, llegando a casa de un hombre cortés, y viéndolo generoso, oró por él, y se hizo fraile, y fue perfecto 136
XXXVIII.—Cómo fue revelado a San Francisco que fray Elías estaba condenado, y éste mudó de vida, y el Santo oró por él, y se salvó 139
XXXIX.—Cómo predicando San Antonio a gente de muchas naciones, por divina gracia le entendió cada uno, como si le hubiese hablado en su propia lengua 143
XL.—Cómo San Antonio predicó a los peces, y le escucharon en gran multitud 145
XLI.—De fray Simón, que tuvo tanta virtud que con su oración arrojaba los demonios; y cómo orando por un fraile muy tentado, lo libró Dios 149
XLII.—Tratado de algunos santos frailes, singularmente de fray Conrado y de otro fraile que, desde la aurora hasta la salida del sol, transportó un leproso a quince millas de distancia 153
XLIII.—Cómo fray Conrado amonestó a un fraile per-

verso con tanta caridad que pronto vino a ser el más perfecto del convento 157
XLIV.–De dos frailes que se amaban tanto que por caridad manifestaban el uno al otro las revelaciones que tenían 160
XLV.–Cómo un fraile fue milagrosamente llamado por Dios a la Orden, siendo aún niño 162
XLVI.–De un fraile que, por haber visto subir al cielo el alma de otro fraile que era su hermano, veneró sus reliquias 168
XLVII.–Cómo estando un fraile enfermo de muerte, vino la Virgen María con tres vasos de electuario y lo sanó 170
XLVIII.–Cómo un fraile estuvo tres días en éxtasis, y le fue revelado el estado de la Orden y lo que había de suceder en ella 174
XLIX.–Del venerable fray Juan de Alvernia y de las muchas mercedes que Dios le hacía 179
L.–Cómo, diciendo Misa fray Juan con mucho afecto en sufragio de las ánimas, le mostró Dios que muchas se iban a la gloria por aquella Misa 186
LI.–Cómo, orando fray Juan por un fraile enfermo, le fue revelado que moriría e iría al cielo, y se lo anunció 187
LII.–Cómo fray Juan de Alvernia fue arrebatado en Dios y del admirable conocimiento que le queda en el alma 191
LIII.–Cómo fray Juan tuvo un admirable fervor, y se quedó en éxtasis, al consagrar el cuerpo de Cristo 193

SEGUNDA PARTE

Consideraciones sobre las llagas 197
I.–Del modo cómo San Francisco llegó al santo monte Alvernia 198
II.–De la conversación y vida de San Francisco en el monte Alvernia 207

págs.

III.—Cómo le fueron impresas las Llagas a San Francisco 218
IV.—Milagros hechos después de la impresión de las Llagas 228
V.—De ciertas apariciones a santas personas en confirmación de las Santas Llagas 244
Confirmación por el testimonio de fray Juan 250
Otra confirmación de un devoto y santo fraile 252

TERCERA PARTE

I.—Cómo cortó a un cerdo el pie, sólo por dárselo a un enfermo 258
II.—Ejemplo del grande poder de fray Junípero contra el demonio 263
III.—Cómo por artificio del demonio fue condenado a la horca fray Junípero 265
IV.—Cómo fray Junípero daba a los pobres cuanto podía, por amor de Dios 270
V.—Cómo fray Junípero cortó del altar unas campanillas y las dio 272
VI.—Cómo fray Junípero guardó silencio durante seis meses 275
VII.—Ejemplo contra las tentaciones de impureza . . 277
VIII.—Cómo fray Junípero se humillaba a sí mismo en honra de Dios 279
IX.—Cómo fray Junípero se puso a jugar al columpio para ser despreciado 281
X.—Cómo fray Junípero hizo de comer una vez a los frailes 283
XI.—De qué manera fue una vez a Asís fray Junípero para confusión suya 286
XII.—Cómo fray Junípero quedó arrobado, celebrándose la Misa 288
XIII.—Del sentimiento que tuvo fray Junípero por la muerte de un compañero suyo 289
XIV.—De la mano que vio fray Junípero en el aire . . 291
XV.—Cómo fray Junípero fue a a fundar un convento 292

págs.

CUARTA PARTE

I.–Cómo fue recibido en la Orden de los Menores fray Gil, tercer compañero de San Francisco . . . 296
II.–Cómo fray Gil fue a Santiago . . . 300
III.–De la vida que hizo fray Gil, cuando fue a visitar el Santo Sepulcro . . . 302
IV.–Cómo fray Gil alaba más la obediencia que la oración . . . 304
V.–Cómo fray Gil vivía de su trabajo . . . 306
VI.–Cómo fue socorrido fray Gil milagrosamente en una grande necesidad en que, por la mucha nieve, no podía pedir limosna . . . 309
VII.–De la muerte del santo fray Gil . . . 312
VIII.–Cómo estando en oración un santo hombre, vio el alma de fray Gil que volaba al cielo . . . 313
IX.–Cómo, por los méritos de fray Gil, fue librada del purgatorio el alma de un fraile Predicador, amigo suyo . . . 314
X.–De las gracias que Dios había dado a fray Gil y del año de su muerte . . . 316
XI.–De una cuestión notable que tuvo fray Gil con fray Gerardino . . . 317
XII.–Cómo, dudando un fraile Predicador acerca de la Virginidad de María, fray Gil hizo nacer tres lirios . . . 322
XIII.–Consejo que dio fray Gil a fray Jacobo de la Massa . . . 324

QUINTA PARTE

I.–Ejemplo de fray León cuando San Francisco le mandó que lavase una piedra . . . 325
II.–Cómo San Francisco y fray Bernardo fueron a pedir limosna . . . 327
III.–Cómo San Francisco se apareció a fray León . 329
IV.–Cómo fray León tuvo en sueños una visión terrible . . . 331
V.–Despedida al monte Alvernia . . . 333

págs.

VI.—Vocación de un familiar de Nicolás III 336
VII.—De un dovoto ejemplo y milagro de San Francisco 338
VIII.—Cómo de una imagen de San Francisco salió sangre fresca 342
IX.—De un excelente milagro de las Llagas de San Francisco 344
X.—Milagro evidente a todo el pueblo 346
XI.—Cómo San Francisco envió frailes por primera vez a Inglaterra; y del gran milagro que hizo Cristo en el viaje 348
XII.—Admirable conversión de un pecador obstinado de Espoleto 353
XIII.—Asombroso milagro de Cristo que, viniendo en los brazos de su Madre, bendijo al pueblo de Santa María de los Angeles al tiempo de la Indulgencia 355
XIV.—Otro solemne milagro de la bendita Indulgencia 357
XV.—Cómo Santo Domingo confirmó la Indulgencia de Santa María de los Angeles 360
XVI.—Testimonios contemporáneos a la concesión de la Indulgencia 362
XVII.—Cómo el E,perador de Constantinopla se hizo fraile Menor por divina revelación 365
XVIII.—Constancia de un militar que se hizo fraile Menor 369
XIX.—Cómo cierto tirano, viendo tres veces a un compañero de San Francisco elevado en el aire, se convirtió y se hizo fraile Menor 370
XX.—Milagro de San Francisco en España 374

APENDICE

I.—Cómo San Francisco envió sus primeros frailes por el mundo 378
II.—Devoción humildísima del rey San Luis a los frailes 384
III.—Predicación de San Antonio de Padua 390

págs.

IV.–Cómo se alegró San Francisco al oír la buena fama de los frailes de España 394
V.–Representación del pesebre de Belén que hizo San Francisco por Navidad 396
VI.–Amor y ternura de San Francisco a la pobreza del Niño Dios 400
VII.–Caridad compasiva de San Francisco con los débiles y enfermos 404
VIII.–San Francisco llorando en alta voz la Pasión del Señor 409
IX.–Cómo, hallándose San Francisco en peligro de muerte, consoló y bendijo a sus frailes 410
X.–Alegría de San Francisco por la seguridad de su salvación 413
XI.–Cántico del Sol 418